

# ¿CRISTIANISMO O CATOLICISMO?

Siempre es interesante escuchar a los lectores. Y uno de ellos me interroga sobre mi catolicismo, porque se muestra perplejo ante él. Entiende mi postura como cristiano, pero no como católico. Y quiero aclararle por qué me siento dentro del catolicismo.

El catolicismo, si se mira a su historia, tanto de sus doctrinas como de sus hechos, no puede entenderse con el simplismo de nuestros Catecismos, que son, desgraciadamente, el alimento intelectual de la mayoría de los creyentes españoles.

La historia de las ideas y de los hechos de nuestra Iglesia, a través de sus veinte siglos, no pueden ser bien entendidos a una luz tan lineal, tan sin problemas y tan aparentemente clara como se refleja en la enseñanza religiosa que recibimos: en ella la complejidad está ausente, y también, por tanto, la verdadera clave del catolicismo. En el siglo pasado, el gran teólogo alemán Möhler afirmó lo mismo que he dicho en un artículo anterior: «El misterio de toda vida auténtica reside en la compenetración de elementos que contrastan entre sí». El «contraste» es el fondo más profundo de la vida, y yo creo que también del catolicismo, visto a la luz de toda su historia de ideas y de hechos.

En mi convicción religiosa, lo principal es ser cristiano, inspirarse en las experiencias del Evangelio para dar un sentido último a nuestras vidas. El ser católico es un adjetivo, algo que se añade caracterizando al cristianismo. Es lo que lo universaliza o debía haberlo universalizado. Un Obispo español de los primeros siglos de la Iglesia, San Paciano de Barcelona, lo dijo bien claro: «Cristiano es mi nombre y católico mi apellido».

Ser católico es dar ese profundo matiz universal al cristianismo, en donde todos los contrastes de su historia entran como un elemento decisivo. Todo particularismo o sectarismo no puede ser lo católico, sino un momento de contraste dentro del catolicismo.

Ya sé que esa no es la imagen que hemos dado muchas veces los católicos a través de los veinte siglos de su existencia, y sobre todo en los cuatro últimos siglos, cuando hemos achacado esa parcialidad al protestantismo y también la hemos tenido nosotros, canonizándola —lo que es más grave todavía— como si fuese la única postura del catolicismo.

Pero su historia es mucho más completa, y su contemplación da —como le dio a Juan XXIII, que era historiador— una perspectiva menos parcial de la realidad que nuestra corta mirada de un solo momento histórico. Lo que debía dar el catolicismo es una visión maduramente universal, porque en ella entran los contrastes.

Esta universalidad, hecha de muchas experiencias que deben hacernos meditar, y no sólo de las experiencias simplistas de nuestro Catecismo, son básicas para entender lo católico. Por eso la doctrina usual de todos los tiempos, la regla católica afirma: obrar contra su conciencia es pecar, como dice San Pablo (*Carta Romanos*, XIV, 23). Y Santo Tomás de Aquino —el teólogo preferido por la Iglesia—, analizando este pasaje, asegura: «Hay que decir que la conciencia obliga, aunque se trate de acciones objetivamente malas; la conciencia errónea obliga incluso en materia de acciones intrínsecamente malas». La norma católica es la buena fe de nuestra conciencia, aunque esta conciencia es tuviera equivocada. Y ante ello todo lo demás queda en segundo término. Por eso este Santo —igual que San Agustín— no tuvo inconveniente en decir que el católico que no siguiese su conciencia cierta, aunque esté en contra de su superior eclesiástico, pecaría, e incluso el verdadero católico debía exponerse, por seguir su conciencia, a ser expulsado de la comunidad católica y excomulgado, porque para él debe ser preferible vivir exiliado que ir contra su propia conciencia, aun en el supuesto de que teóricamente estuviera equivocada (*In IV Sent.*).

Eso es lo que hizo el fraile Savonarola oponiéndose al Papa Borgia. Cosa que le valió la muerte en la hoguera, pero que le hizo acreedor a la santidad, en la opinión de muchos Santos y Papas italianos posteriores.

El jesuita San Roberto Belarmino, el gran sistematizador y defensor del poder de los Papas, asegura que si el Papa quisiera turbar gravemente a la Iglesia, la postura católica sería «amonestar al Papa respetuosa y reverentemente; después, no obedecer sus mandamientos notoriamente injustos, y, por fin, resistir e impedir que haga el mal previsto» (*Opera Omnia*, VIII).

Es lo mismo que dicen actualmente todos los moralistas católicos sin excepción. Los profesores F. Hürth y P. M. Abellán —los inteligentes teólogos de la moral— resumen la cuestión con estas palabras: «Según la concepción común de la teología moral católica, la conciencia es siempre la suprema instancia moral de la persona» (F. Hürth y P. M. Abellán, *De Principiis*. Roma, 1948).

La profunda experiencia íntima, que se llama conciencia, no es contraria a la actitud católica, sino al revés. Por eso, el Cardenal Newman —el gran convertido del siglo pasado al catolicismo—, que debía saber un poco de los caminos que llevan a ese cristianismo universalista y paradójico, afirmaba que el mejor y más seguro camino para llegar a la luz es seguir la propia conciencia, aunque esté equivocada. Y aplicándolo al problema de la autoridad del Papa en el catolicismo, decía con humor inglés que él, si le dieran un homenaje, al final del banquete brindaría por el Papa, pero antes por la conciencia, porque sin la conciencia no puede haber Papa.

No se trata de oponer la infalibilidad externa y autoritaria del personaje principal de la Iglesia católica a la experiencia de la conciencia personal cierta, sino recordar que el hombre no es un autómata que depende totalmente de lo exterior. Es un ser que vive y cuya experiencia íntima es un valor decisivo para no dejar de ser humano. Y en lo religioso pasa igual. Los teólogos de Salamanca de nuestra Edad Clásica, llamados *Los Salmanticenses*, decían: «El creyente tiene una certeza infalible de su fe, porque por una experiencia evidente sabe que cree» (*De Gratia*, II, 4). Ninguna infalibilidad externa es la que nos certifica de nuestra fe, sino sólo la experiencia. Lo mismo que dijo Santo Tomás: «El creyente, por el acto mismo de creer, tiene la experiencia evidente de que cree».

Lo que puede ocurrir —y de hecho ocurre muchas veces— es que los conceptos con que expresamos nuestra experiencia son limitados e imperfectos, e incluso frecuentemente equivocados en gran parte, pero lo único que podemos hacer para acertar es volver a recurrir a esa experiencia, a esa conciencia personal para perfeccionar nuestras ideas. Lo exterior, la autoridad del Papa o de quien sea, nunca puede ir en contra de ello. Y si aparentemente lo va, el católico se encontrará con un conflicto del cual no puede salir nada más que dando preferencia a su conciencia seria y cierta. El catolicismo parece la Iglesia de la autoridad y de la obediencia ciega al enseñar el dogma de la infalibilidad de un hombre, el Papa. Y, no obstante, surge la paradoja (el contraste más drástico), porque por encima de la autoridad pone a la conciencia personal.

Muchos Santos defendieron estos principios en sus propias vidas, y fueron execrados en su tiempo o perseguidos, pero después la Historia los reivindicó, e incluso a varios de ellos la Iglesia los canonizó. Ahí están San Atanasio, el beato —hoy Santo— Juan de Avila, San Ignacio, San Juan de la Cruz, San José de Calasanz y tantos otros, en su tiempo discutidos y después canonizados por haber sido deudores principalmente de su propia conciencia.

Ese es el catolicismo de fondo, universal y de contrastes, en el cual yo creo. Porque para mí este fondo común de todos los tiempos es la base fundamental de la universalidad católica, lo demás son o caricaturas o puntos de vista parciales que no retratan ni mucho menos la verdadera imagen de lo católico.

Y, sin embargo, todavía hay una pregunta por contestar: ¿qué pienso de la infalibilidad del Papa?, ¿cuál es su papel dentro del catolicismo? Cuestión a la que pienso también responder expresando con sinceridad mi convicción sobre ella.

MIRRET MAGDALENA